

Jaime Sabines

Me hice poeta

Pilar Jiménez Trejo

El libro Jaime Sabines: apuntes para una biografía es resultado de varios años de conversaciones con el poeta chiapaneco. Estas páginas no pretenden conformar una biografía; son apuntes, instantáneas y reflexiones sobre momentos cruciales de una vida centrada (o concentrada) en la poesía. Esta memoria del poeta, presentada en primera persona, aparecerá editada por Conecultra-Chiapas. Ofrecemos aquí algunos fragmentos que conforman el capítulo tres.

En secundaria y preparatoria me dio mucho por leer, acudí a infinidad de literatura pero la influencia mayor que he tenido fue a través de mi padre: su conocimiento de la literatura oriental me ayudó a llegar a las raíces de todo. Soy al mismo tiempo un poeta oriental y occidental porque mi poesía trata de hacer esa confluencia del pensamiento, de la idea mística y su razonamiento contemporáneo.

Mi familia fue siempre muy unida. Juan y Jorge no pudieron seguir estudiando más allá de la secundaria debido a la situación económica, y pronto tuvieron que comenzar a trabajar. Cuando terminé la primaria convencieron a mi papá para que yo continuara mis estudios hasta la universidad. Las buenas notas que había logrado en primero de secundaria, viviendo en Tapachula, tenían a todos contentos. Además de buenas calificaciones, también destaqué como pintor. Hice un cuadro en la secundaria tan bueno —al menos para ellos fue sensacional—, que lo mandaron enmarcar y lo colgaron en la casa; creo que hasta la fecha lo conserva una prima nuestra.

Juan era quien compraba los libros de filosofía y literatura universal que lograban conseguirse en Tuxtla. Y cuando yo tenía unos catorce o quince años él comenzó

a comprar también obras fundamentales de Balzac, Victor Hugo, Tólstoi, Dostoievski, Alejandro Dumas y uno que otro autor estadounidense, pero sobre todo literatura francesa y rusa. Allí comencé a leer a Dostoievski, que me encantó. Por esos años también conocí a un autor que toda mi vida ha sido fundamental: Goethe, uno de los escritores a los que he vuelto y releído siempre; me parece extraordinario; su *Fausto* es impresionante.

Paralelamente en las clases de literatura de la secundaria nos enseñaban lo que había sido el romanticismo y el modernismo que inició el nicaragüense Rubén Darío y que se continuó en la poesía mexicana. Leí a Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez, que hizo la famosa frase con su poema “Tuércele el cuello al cisne”.

La única fuente de cultura en mi casa fueron los libros; no solíamos escuchar ópera, música clásica o cosas así. La cultura y mi formación intelectual vinieron únicamente a través de mi padre, los libros y la vida misma.

En esos años me dio mucho por leer filosofía; me gustaban autores como Nietzsche, me encantó *Así habló Zaratustra*, un texto agresivo y valiente de un gran escritor. También leí a Schopenhauer y su obra sobre el pesimismo filosófico: *El mundo como voluntad y repre-*

sentación. Desde entonces me interesó la filosofía. Pero no los enredos de Kant, la metafísica kantiana o cosas así nunca lograron atraparme; leía unas cuantas páginas y se me caía el libro de las manos.

Me acuerdo que peleaba con un maestro al que le decían Moralitos, que era de San Cristóbal; a él le gustaba la filosofía y teníamos grandes discusiones sobre el tema porque le citaba frases completas de *Zaratustra*, y luego él ya no sabía qué contestar y se enojaba. Esas lecturas formaban parte del desliz de mi casa en los estudios. Juan ya leía mucho y nos pasaba los libros a mi mamá, a Jorge y a mí; le gustaba mucho la literatura rebelde como la de Nietzsche.

En el último año de la prepa conocí en Tuxtla a un muchacho que no era de Chiapas, se llamaba Francisco Rodríguez; había llegado allá para trabajar, había estudiado leyes en México y nos hicimos amigos. Él me enseñó a los autores españoles del 27 como Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, León Felipe, Juan Ramón Jiménez y Miguel Hernández.

Me acuerdo que en *El Estudiante*, que costaba 20 centavos, se publicó lo que puedo llamar mi primera crítica literaria, escrita a los dieciocho años. Ahí se decía que yo era “un futuro gran valor de las letras chiapanecas”. Más tarde fui director de ese periódico y en la página poética hice una selección de los poetas españoles que me habían interesado, aquellos que me presentó mi amigo, incluidos Manuel y Antonio Machado. Eran entonces los poetas nuevos, y claro, muy buenos todos. Para mí el mejor, o con el que más simpatía tengo, con el que más me identifico, siempre ha sido Miguel Hernández.

Ahora todos esos poetas están en la vanguardia de la literatura universal. A Pablo Neruda lo conocí en el último año de preparatoria. Este amigo que viajaba con frecuencia a México me llevó a Tuxtla creo que *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Entonces Neruda era muy joven, nació en 1904, mas era ya conocido por este libro que lo lanzó a la fama y que publicó cuando apenas tenía diecinueve años; aún no era un poeta indispensable.

Empiezo a escribir poemas a los quince años para las *chamacas*, sin tomarlo en serio, porque cuando realmente considero que me hice poeta fue al venir a estudiar medicina a la Ciudad de México; ahí escribía a lo loco. Y fue cuando quise ser, y me hice, poeta.

Mi vida cambió enormemente en 1945 al estudiar en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, que estaba en Santo Domingo, en el centro de la ciudad. Ésta fue la mayor tragedia de mi vida. Mi maestro Cheo Palacios, que me había dado clases de botánica y biología en preparatoria, me había influido para que estudiara eso, me hizo creer que yo te-

nía aptitudes para ser un gran médico; era un alumno muy querido para él. En mi familia todos parecieron encantados, se hicieron los trámites y me mandaron a la ciudad. En realidad no era una carrera para mí. A esa edad uno no sabe bien lo que quiere; yo tenía un concepto muy romántico de la medicina, quería descubrir e investigar, y me di cuenta de que aquello era más cuestión de paciencia que de talento, había que estar años detrás de un microscopio para ver qué descubrías. La medicina me decepcionó, pero no podía salirme porque creía que mis padres deseaban tener un hijo médico. Ése fue mi conflicto: odiaba la escuela y una sensación física de rechazo me embargaba.

La Ciudad de México tendría unos tres millones de habitantes y Tuxtla apenas treinta mil. Volví a sentir la hostilidad y el anonimato que había vivido antes. Me acuerdo de que dos primos me fueron a esperar a la estación de ferrocarril de San Lázaro y todo aquello era un ambiente extraño para mí. Iban a comenzar las inscripciones en la Universidad, que en esos años estaba en Justo Sierra; era el mes de enero, hacía frío, venía de tierra caliente, odiaba el frío: ahí empecé a sufrir.

En la Universidad uno dejaba de ser Jaime y pasaba a ser un número de cuenta: 55096 era el mío, después de tantos años me acuerdo muy bien de él. Mi primera residencia al llegar a la ciudad fue en la esquina de San Ildefonso y El Carmen, ahí había una casa para estudiantes, era el mero barrio estudiantil y para mí algo provisional. Tenía que buscar un departamentito con algún amigo para poder vivir. Iba a la Facultad de Medicina, que estaba en la esquina del parque de Santo Domingo, ahí donde está la iglesia del mismo nombre, justo en lo que era el antiguo edificio de la Inquisición, que para mí siguió siéndolo los dos o tres años que estudié ahí. Años después, ya como museo, pusieron en ese edificio una exposición de aparatos de tortura. ¡Híjole!, qué bien le cayó el tema de la exposición a ese lugar. Fue una época muy mala para mí, todo me resultaba odioso. Sufrí tanto que aún ahora cuando paso frente al edificio de la Inquisición, me gustaría verlo demolido.

Ahí escribía poemas aunque no tengo ningún poema de esa época ni hay publicado nada de eso en mis libros. Pero es justo cuando vengo a estudiar medicina cuando me hago poeta de verdad: en la hoguera o, digamos, en las brasas. En esos tres años me hice poeta, con el dolor, la soledad y la angustia. Compraba unas libretas muy grandes, y no había noche que no me pusiera a escribir de mis angustias, de mis penas, de mi tragedia personal. Escribía páginas y páginas. Nunca salió un buen poema, desde luego. Pero sí agarré el oficio en esos años, porque escribía por necesidad. Tal vez conservo algunas de esas libretas en que hablaba a los “hombres del siglo xxi”, pero fue por la soledad, la amargura, el dolor de

vivir en una ciudad hostil, por todo eso. Fue mi aprendizaje de la angustia.

Comencé a escribir en serio cuando sentí la agresión de la capital, la soledad. Lo primero fue lo hostil de la enorme Ciudad de México, y luego la hostilidad particular hacia mí en la escuela. Me hago poeta a fuerza por la necesidad a mis diecinueve años.

Estaba tan solo que comencé a leer muy en serio la *Biblia*. Era mi libro de cabecera, la tenía en el buró y acudía a ella buscando consuelo a la soledad, a la angustia, a los sufrimientos que uno tiene de joven. Fue muy duro dejar mi casa y encontrarme con una ciudad a la que relacionaba con la hostilidad. Y es que estaba acostumbrado a una familia, a un pueblito donde todo el mundo me conocía y yo conocía a todos. Llegué a México y no conocía a nadie. En 1945 México tenía tres millones de habitantes y yo una gran soledad. Me sentía muy mal con las cosas que me pasaban y entonces devoraba la *Biblia*.

No recuerdo cómo llegó nuevamente a mi buró, pero ahí estaba y así comencé a leerla. Yo no buscaba en ella un sentido religioso, sino el consuelo humano, por eso mis pasajes predilectos eran el *Libro de Job*, el *Eclesiastés*, Salomón, los Proverbios, el *Cantar de los Cantares*, Ezequiel y los Salmos que son poesía pura y que habla del dolor y la impotencia humanos. Casi nunca leía el Nuevo Testamento o a Isaías, prefería quedarme con Job.

La *Biblia* que leía era la de los protestantes, la versión de Casiodoro de Reina, porque no te seduce los oídos como la de Fray Luis de León, sino que te seduce el alma, y eso es peor. La influencia de la *Biblia* fue decisiva no en el sentido formal de mi escritura, pero sí en mi formación espiritual.

También fue determinante para mí un libro de Aldous Huxley, *La filosofía perenne*, que era todo el pensamiento místico oriental. Nunca he pensado que la poesía sea nada más juglarismo, canto. El canto es importantísimo, hay que saber cantar, pero la poesía es también la búsqueda de la verdad humana. No veo gran diferencia entre el poeta y el filósofo. Eso lo discutiría años después con mi gran amigo Fernando Salmerón.

Así comprendí que la poesía es la filosofía de la vida, de la condición humana. La poesía no es más que un testimonio del hombre en sus días sobre la Tierra. Después de todo, creo que la poesía no sirve para nada: nadie le hace caso. La poesía es sólo para el alma y a ella habrá de acudir.

Sólo si me caía en las manos un buen libro, hacía a un lado la *Biblia*, y me podía pasar quince días con él, pero la *Biblia* siempre estaba junto a mí.

En un principio leí de todo; mucha literatura rusa, en particular de Dostoiévski, de quien me encantan hasta la fecha todas sus obras: *Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo*... Es el autor ruso al que más amo, in-

cluso por encima de León Tólstoi. Una vez cayó en mis manos la primera novela larga que escribió, *Humillados y ofendidos*; la comenzó cuando tenía veintiún años. Pensé: "Me voy a decepcionar porque era tan joven, pero la voy a leer". ¡Qué va!, en la página veinticinco estaba llorando. Es un escritor enorme.

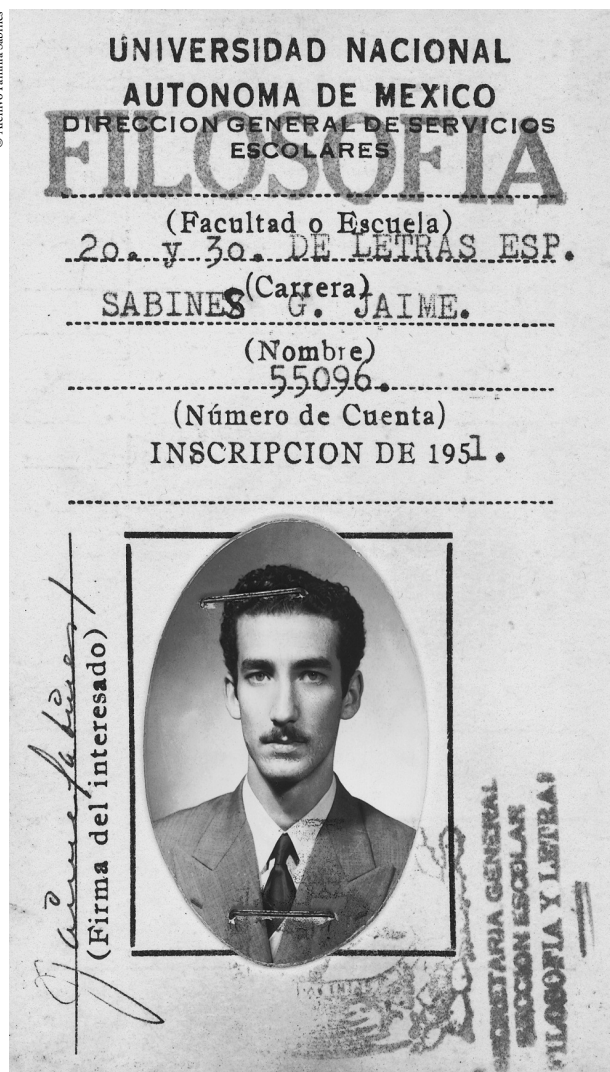
Antes ya había leído a Balzac y a otros, franceses, rusos, alemanes. También al gran narrador William Faulkner, el único estadounidense modernista que siguió la tradición experimental de James Joyce, un autor al que entonces yo aún no conocía. Faulkner fue un escritor muy influido por la *Biblia* y los Evangelios; ahí está su colección de cuentos *¡Desciende, Moisés!*

En esos años fue también cuando encontré el maravilloso libro sobre el creacionismo de Vicente Huidobro y su teoría de hacer un poema como la naturaleza hace un árbol. Descubrí a Huidobro y a sus seguidores. Huidobro es otro de los grandes poetas chilenos; junto con él estaban Eduardo Anguita, Volodia Teitelboim, Pablo de Rokha, Ángel Cruchaga Santa María, otros



Jaime Sabines

© Archivo Familia Sabines



grandes poetas chilenos, a los que lamentablemente la figura de Neruda hizo sombra y no fueron tan conocidos, pero eran muy buenos poetas.

Comencé a leer a otros autores que me hicieron abrir mis horizontes de la poesía latinoamericana en general. Leí también a Edgar Allan Poe, a Walt Whitman y su *Canto a mí mismo*, *Hojas de hierba*, que nunca me influyó, me parecía demasiado oratorio. En esa época lo amaba, pero con los años cambiaron mis preferencias.

Lo contrario me sucedió con Charles Baudelaire. Encontré una versión de *Las flores del mal* que era pésima. “¿Qué porquería de libro es este? ¿Cómo es posible? ¿Por qué es tan famoso éste maestro?”, me pregunté. Cómo puede hacer daño una mala traducción; es infame que traduzcan mal un libro. Un año estuve enojado con Baudelaire. Y al año siguiente me cae otro libro, los *Pequeños poemas en prosa*, y me maravilló. Entonces ya fui a buscar otro ejemplar de *Las flores del mal*, bien traducido, y me encantó.

Hay quienes dicen que tengo un cierto parecido con Baudelaire; lo que yo creo es que hay paralelismos, tal vez haya ciertos aspectos de antipoesía, pero nunca lo he hecho intencionalmente, como sí sucedió a Nicanor Parra.

Seguí interesado por la literatura árabe que me había enseñado mi padre de niño y buscaba poetas persas. Así llegué a Tagore, que murió en el siglo XX; es un poeta maravilloso de la literatura hindú, incluso ganó el Premio Nobel. Tagore es uno de mis grandes maestros: me fascina por su sinceridad, por su ternura; posee un elemento al que yo aspiro: la profundidad de la poesía oriental. Lograrlo ha sido mi meta.

Creo que toda esa literatura árabe y mi descendencia paterna marcaron mi condición fatalista de que el hombre, cuando habla de libertad, no es más que un muñeco manejado por la vida.

Sí, he tenido lecturas que me apasionan, como es el caso de Tagore, pero no podría decir cuál es el poeta que prefiero. Es una cuestión bastante difícil de responder porque amo a Shakespeare, a Goethe, a Dostoievski. Amo a varios escritores que me dieron mucho. En la vida creo que uno llega a amar precisamente a aquéllos con los que se identifica, que te dan pan y sal todos los días.

Por ejemplo, me han preguntado si me interesa sor Juana Inés de la Cruz; si hablo con absoluta verdad, diré que no. Conozco parte de su obra, pero la veo muy lejana, no es de mi tiempo, de mi época. La veo como un monumento. En cambio, hay un poeta persa que nació en el 1040, y que a pesar del tiempo siempre he dicho que es mi abuelo: Omar Khayyam, un sibarita que habla de lo efímero de la vida, del vino, de las mujeres y del goce; sus *Rubaiyat* son una alabanza a esos temas, el goce del instante frente a la finitud de la vida; era un matemático y astrónomo que fue también poeta.

Poeta importante para mí también lo es Salomón en el *Cantar de los Cantares*, una maravilla de literatura... Dostoievski es un poeta extraordinario; aquí en México, Juan Rulfo; son poetas aunque hayan escrito prosa, cuentos, novelas: en el fondo son grandes poetas. La poesía está más allá de la forma de un texto. Una obra de Shakespeare o una novela de Dostoievski conmueven tanto como el mejor poema. Llega un momento en que toda definición de géneros desaparece ante un hombre como Juan Rulfo, uno de los grandes poetas de México.

Estudié medicina tres años en los que sufrí horriblemente porque no quería engañar a mis padres; sobre todo no quería defraudar a mi padre, quien, según yo pensaba, debía tener mucha ilusión de ver a un hijo médico. En realidad él nunca me dijo nada, yo lo supuse. Pasaron tres años y no aguanté más. Hasta que un día que me fui de vacaciones a mi pueblo dije al viejo:

—Voy a terminar la carrera, voy a traerte el título y lo voy a poner en la pared de la casa, pero nunca ejerceré la medicina.

Se lo confesé en medio de una tensión contenida por años. Él me oyó con mucha calma y me comentó:

—Hijo, no te preocupes. Si quieres, estudia otra cosa. Es más, no sé por qué tardaste tanto tiempo para decirme que no te gustaba esa carrera, ¿quién te obliga a estudiar medicina? Nadie te dijo: “ve a estudiar medicina”. Tu mamá y yo nos pusimos muy contentos porque íbamos a tener un hijo médico, pero lo mismo hubiera sido si nos dijeras: “voy a estudiar ingeniería”, o “quiero ser abogado”. Lo importante es que destagues en algún aspecto de la vida. Lo que quieras ser nos dará mucho gusto porque ni Juan ni Jorge, tus hermanos, pudieron estudiar más. En ningún momento te forzamos para que estudiaras medicina.

Escuché a mi papá y se me quebró toda la defensiva. Me volví, fui a mi cuarto y me puse a llorar como un muchachito, a grito pelado, convulsivamente. Era la tensión de tres años de angustia, que se resolvieron de la manera más sencilla y absurda. Me di cuenta de que era yo el que se presionaba. Me dejaron llorar... “¿De qué sirvió tanto sufrimiento?”, me dije.

Fue un sufrimiento inútil porque en aquel momento no disfruté de nada, ni siquiera de la Ciudad de México, que me pareció fría, agresiva, tremendamente cruel para un jovencito provinciano que estaba acostumbrado a la vida familiar. En ese tiempo todo me resultó engañoso y odiado.

Aquí sólo era un número de cuenta en los archivos de la Universidad. Quizá la ciudad me resultó tan agresiva porque era un muchacho pobre. Vivía con 150 pesos al mes, descontando la renta y el costo de la comida me quedaban quince pesos para gastar, ¿qué podía hacer con eso? Nada, para conseguir un poco más de dinero jugaba póquer con mis amigos. En esa época no tuve relación más que con puro chiapaneco, eran mis parientes o amigos. Cuando nos reuníamos nos emborrachábamos, era la época del ron; jugábamos y siempre acababa ganándoles quince o veinte pesos. Creo que me odiaban por eso. La única ventaja de aquellas partidas es que me daban una cierta independencia económica, pero ningún placer.

En 1949 decidí volver a la Ciudad de México, ahora para estudiar la licenciatura en lengua y literatura castellana en la Facultad de Filosofía y Letras, en ese espléndido edificio de Mascarones; y me sentí como pez en el agua, sabrosísimo. Ahí me quedé tres años y me puse a escribir como Jaime Sabines. Estaba feliz. La *Biblia* ya no era una lectura paralela, las cosas que había escrito influido por ella nunca las publiqué y no las voy a tocar jamás porque eran de muy baja calidad. Entonces comencé a escribir mi primer libro: *Horas*.

Esa tercera estancia en la Ciudad de México fue distinta. Primero porque había regresado para estudiar literatura; aquello fue algo maravilloso y esencial en mi vida. Y segundo, porque venía con la beca que me dio

el general Grajales: ¡300 pesos mensuales!, que me permitían vivir desahogadamente.

Ya conocía la ciudad; había vivido anteriormente aquí solo, así que decidí buscar a mi vieja casera, doña Anita, que vivía con una hermana y una hijita, la niña del poema que toca el piano “mientras un gato la mira”, que era La Maruca. Doña Anita se había cambiado a la calle de Cuba, a una cuadra de donde vivíamos antes. Era su único huésped. Había dos recámaras: una que compartían la viejita, su hermana y su hija; y la otra, que daba a la calle, era la que me alquilaba.

Vivía en ese cuarto de la calle de República de Cuba número 43, interior ocho, frente al teatro Lírico. Ésa era una calle de perdición: las noches ahí se prolongaban hasta las cinco de la mañana, eran de escándalo. Había dos cabarets, Las Cavernas y La Perla, dos cervecerías y el teatro. Esos eran centros nocturnos más o menos potables, no como El Chapulín, el cabaret de *rompe y rasga* que frecuenté en los años anteriores.

Me instalé, pues, en la calle de Cuba y me inscribí en Mascarones. Las clases eran de las cuatro de la tarde a las ocho de la noche todos los días. Ahí conocí cosas que obviamente por mí mismo nunca habría sabido; jamás habría aprendido fonética española, por dar un ejemplo. Don Amancio Bolaño e Isla fue un fabuloso maestro que nos daba esa materia; eran temas que uno se veía obligado a estudiar para poner un poco de orden en la escritura. Tuve otros excelentes maestros como Julio Torri, Agustín Yáñez y Julio Jiménez Rueda.

Torri era un vejito delicioso al que nadie hacía caso. Tenía una vocecita y en el salón, en el que había como sesenta muchachos, todos se la pasaban platicando. Torri no se peleaba, no decía “cállense” ni regañaba a los estudiantes ni nada; iba a lo suyo, el que quisiera oírlo que lo oyera. Yo ya conocía sus escritos, sus poemas en prosa, y lo admiraba; así que procuraba sentarme cerca, en primera o segunda fila, para escucharlo.

Muchísimas veces entré como oyente a las clases de filosofía; me atraían mucho, sobre todo la cátedra de José Gaos, filósofo brillante al que admiraba profundamente. Sin ser su alumno, de todos modos me metía a sus clases, nadie me lo prohibía. También asistí muchas veces a las clases de Eduardo Nicol. A veces me he preguntado por qué no estudié también filosofía, me gustaba muchísimo. Ahí estaba uno de mis mejores amigos, Fernando Salmerón.

Esa facultad fue una revolución para mí; ahí comencé a tratar con personas inteligentes. El encuentro con profesores y compañeros fue muy benéfico porque despertó en mí muchas inquietudes intelectuales, filosóficas. Eso fue lo fundamental: despertar, estimular, no como influencias formales sino como aquellas que dicen “hay que vivir, hay que estudiar, hay que aprender,



hay que conocer”, todo lo que de joven se necesita para tener un oficio literario.

A las clases asistían Emilio Carballido, Alejandro Rossi, Luisa Josefina Hernández, Sergio Galindo, Chucho Arellano, Miguel Guardia, Lolita Castro, Rosario Castellanos (que se casó luego con Ricardo Guerra); estaban también los escritores que llegaron con el exilio español, como Ramón Xirau, con quien hice una gran amistad, y Luis Rius, un muchacho magnífico que recuerdo con una gran emoción. También estaba Sergio Magaña, aunque él no iba a la facultad, pero era amigo de Emilio. Casi todos escribían teatro. Algunos trataron de convencerme para que siguiera ese camino, pero siempre supe que no era lo mío. En Mascarones también andaba Héctor Azar, al que teníamos como en segundo término, porque estaba como un año atrás; después se hizo un gran director de teatro. También estuvo algunos meses el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal.

Ya he dicho que uno de mis mejores amigos fue Fernando Salmerón, que estudiaba filosofía; se hizo doctor en filosofía, Maestro Emérito de la Universidad, miembro del Colegio Nacional, uno de los filósofos más destacados de México. Entre mis amigos cercanos estaban también Sergio Galindo, que era de Veracruz, y Miguel Guardia. Eran amigos a los que les gustaba la onda del cabaret y las cantinas, como a Chucho Arellano y los pintores del Grupo 30, en el que estaban Humberto Maldo-

nado, Chucho Álvarez Amaya y Lorenzo Guerrero. Fue inspirado en esos años el poema que dice: “Habría que bajar a bailar el danzón que tocan en el cabaret de abajo”.

Teníamos sesiones semanales en casa de Efrén Hernández, que vivía en Parque Lira. Era un sitio bellissimo. Efrén, que era una magnífica persona, en cierta forma nos apadrinó. Íbamos a visitarlo todos: poetas, novelistas, dramaturgos. En su casa conocí a Juan Rulfo, Pita Amor, Guadalupe Dueñas y Juan José Arreola.

Desde entonces me gustaba más bien llevar una vida marginal respecto a los intelectuales porque nunca me gustaron el coctel y la frivolidad que hay en el mundo literario. Claro que he tenido muchos amigos intelectuales con los que conservé la amistad desde que estábamos en la Facultad de Filosofía y Letras; todos eran muy tratables de forma individual o en pequeños grupos, pero apenas se juntaban alrededor de una mesa aquello se volvía una competencia, un maratón de ingenios, de agudezas que a mí me aburrían y me parecían realmente chocantes.

En esa época llegaba Pita Amor a querer robar cámara, cosa que generalmente lograba con base en grandes escándalos. Quería monopolizar la atención de todos, que la reunión fuera suya. Y lo lograba. Era la “genio”, sobre todo desde el momento en que Alfonso Reyes la declaró así públicamente. ¡Qué consagración! Y ella se lo creía, y se lo hizo creer a muchos... Juan Rulfo también se retraía como yo de aquellos encuentros de celebridades.

Paralelamente yo hacía reuniones con mis amigos en mi cuarto, pero eso era exclusivamente los sábados porque entre semana no me permitía visitas para estar en soledad y poder leer y escribir o escribir y leer.

A mi cuarto llegaban Jesús Arellano, Chucho Álvarez Amaya, Tito Maldonado, y algunos escritores como Emilio Carballido, mis amigos de la generación de los 50, en la que también estaba Sergio Magaña. En ocasiones llegué a decirles poemas como “La marcha triunfal” o “Los motivos del lobo” de Rubén Darío, y cosas como ésas, por pura diversión. Luego nos poníamos a jugar póquer en mi cama. Nos sentábamos cuatro o cinco y a repartir cartas, de a veinte centavos lo máximo por jugada. Casi siempre ganaba y sacaba mis catorce, dieciocho pesos para el domingo, que eran muy buenos, ¡era un capitalazo!

Nos reuníamos para tomar trago: ron con Coca-Cola o Tehuacán, a eso le entrábamos.

Algunas veces entre semana por las mañanas pasaba por mi casa Emilio Carballido, que vivía por ahí, me platicaba media hora y yo le leía algún poema que había escrito ese día. Una vez me confesó que él también se creía poeta, pero cuando vio cómo escribía yo, dijo: “Mejor me dedico al teatro”. Casi cada día le enseñaba un poema diferente. Le decía: “Éste me lo acabo de echar anoche”, o “Éste lo escribí hoy en la mañana”. **u**